

HÉLÈNE CARRÈRE D'ENCAUSSE

ALEXANDRA KOLONTÁI



**UNA FEMINISTA EN TIEMPOS
DE LA REVOLUCIÓN RUSA**

CRÍTICA

HÉLÈNE CARRÈRE D'ENCAUSSE



Alexandra Kolontái

Una feminista en tiempos
de la revolución rusa

Traducción castellana de
Lara Cortés

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2023

Alexandra Kolontái

Una feminista en tiempos de la revolución rusa

Hélène Carrère d'Encausse

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: *Alexandra Kollontái. La Walkyrie de la Révolution*

© Librairie Arthème Fayard, 2021

© de la traducción, Lara Cortés, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es

www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-583-8

Depósito legal: B. 13.058-2023

2023. Impreso y encuadernado en España por Huertas Industrias Gráficas, S. A.



Una juventud privilegiada

La mujer que se convertiría en Alexandra Kolontái nació el 19 de marzo de 1872. Aquella fecha, como diría ella a menudo, era simbólica y anunciaba ya su destino. En efecto, un año antes, el 18 de marzo de 1871, triunfaba la Comuna de París. Pero eso no fue todo, añadiría nuestra heroína: en el mismo momento en el que se estaba desmoronando la Comuna, sus padres se enteraron de que ella venía en camino. Por eso, en la mente de Alexandra aquel acontecimiento revolucionario tan breve, tan decisivo y tan doloroso para Marx y sus seguidores siempre quedaría indisolublemente unido a su suerte.

La coincidencia, sin embargo, no alteró lo más mínimo los primeros tiempos de su existencia, que fueron especialmente afortunados. Nació en un hermoso palacete de la capital, como correspondía a una hija de la sociedad aristocrática. Su padre, Mijaíl Alexandróvich Domontóvich, pertenecía a una familia de nobles de Ucrania cuyos orígenes, como a él le gustaba recordar, «se remontaban al siglo XII y que en el siglo XIII dio un santo a su país: san Dovmont, cuyos restos reposan en un monasterio de Pskov».*

Seguramente sus antepasados por vía materna no eran tan prestigiosos, pero eso no significa que careciesen de virtudes. La madre de nuestra protagonista, Alexandra Alexán-

* San Dovmont o san Daumantas, originario de Lituania, había huido a Pskov, donde se convirtió en príncipe, bajo el nombre de Timoteo, y se casó con una nieta de Alejandro Nevski. En esa ciudad, en cuya iglesia de la Trinidad se encuentra enterrado, se le venera como santo.

24 drovna Masálina, descendía, por una parte, de una familia de terratenientes rusos y, por otra, de una familia finlandesa. De acuerdo con la leyenda familiar, su abuelo finlandés era un campesino tan pobre que tuvo que caminar descalzo hasta la capital para tratar de hacer fortuna en ella, pero finalmente consiguió su objetivo y dejó a sus descendientes la magnífica finca de Kuusa, situada a orillas de un lago. Alexandra Kolontái siempre reivindicó con orgullo sus variados orígenes: tenía sangre rusa, finlandesa y hasta francesa y alemana.

Su madre, Alexandra Masálina, no solo destacaba por su procedencia, sino también por su destino novelesco y poco convencional: recién salida de la adolescencia, conoció en la ópera a un atractivo oficial que se quedó prendado de ella, la cortejó y pidió su mano. Se trataba de Mijaíl Domontóvich. El padre de Alexandra se opuso formalmente a su matrimonio, porque el enamorado carecía de fortuna y, en consecuencia, era indigno de la joven. Cuando Domontóvich fue llamado a filas —por aquel entonces Rusia estaba en pleno conflicto austrohúngaro—, el padre aprovechó para imponerle a su hija un marido de su elección, Constantin Mravinski, un oficial de origen polaco mayor que ella.

Al principio, aquel matrimonio de conveniencia pareció funcionar: de él nacieron un niño y dos niñas. Pero Alexandra y Mijaíl no se resignaban a vivir separados, así que, cuando Domontóvich regresó a Rusia cubierto de gloria, ella cogió a sus hijas y abandonó a su marido y a su hijo. Llevado por la furia, Mravinski se opuso durante largo tiempo a la petición de divorcio de su mujer. ¡Qué fuerza de carácter la de aquella Alexandra, futura madre de nuestra heroína! Si las divorciadas estaban muy mal vistas en el Imperio, hay que imaginarse cuál sería la reputación de una mujer que no solo se había separado de su marido, sino que además vivía con otro hombre sin estar casada con él y que se encontraba a punto de volver a dar a luz. Toda la sociedad la despreciaba. Domontóvich suplicó al Santo Sínodo que los ayudase a regularizar su situación y alegó como argumento a favor de su solicitud la existencia de un santo en su familia. Accedió incluso a comparecer ante una comisión especial, acompa-

ñado de su futura esposa, para confesar el adulterio. El Santo Sínodo acabó concediéndoles su perdón poco antes de que Alexandra naciera. La familia Domontóvich, ya con tres hijas —las dos de Mravinski y la que acababa de llegar al mundo—, se instaló en un primer momento en casa del hermano de Mijaíl, pero después se mudó a un hermoso edificio cercano a la Escuela de Caballería en el que se alojaban los miembros del Ejército.

Alexandra, a la que de niña llamaban por su diminutivo —Shura—, no solo era la tercera niña a la que criaba la pareja Domontóvich, sino también su tercer descendiente en común: antes de ella habían nacido otros dos bebés, que murieron cuando eran muy pequeños. Eso explica que Alexandra Alexándrovna velara con tanto celo por esta hija tardía y que sus excesivos cuidados resultasen a menudo asfixiantes para Shura. Para huir de aquella madre dominante, la niña adquirió la costumbre de buscar refugio en su institutriz inglesa, Mrs. Hogdon. Se sentía más apegada a Mijaíl, del que diría más adelante: «El hombre que más influyó en mi espíritu y en mi desarrollo fue mi padre».

Por lo demás, sus padres eran muy diferentes entre sí, aun cuando compartiesen ideas liberales y una visión poco conformista de la vida. Alexandra Alexándrovna volvió a demostrarlo claramente cuando, tras su matrimonio, decidió sacar partido de su finca de Kuusa, en la que la familia pasaba los veranos. En aquel terreno puso en marcha una explotación de productos lácteos que vendía en San Petersburgo, algo que chocaba abiertamente con la sociedad a la que pertenecía.

Mientras ella se concentraba en sus actividades económicas, estalló la guerra ruso-turca, que asoló los Balcanes. Domontóvich partió entonces a luchar contra el enemigo de siempre: el Imperio otomano. Tras la firma del Tratado de San Stefano en 1878, por el que se decretaba la paz, permaneció en Bulgaria para prestar asesoramiento y ayuda a aquel país que acababa de obtener su independencia y que tenía que crear sus propias instituciones. Animó entonces a los búlgaros a dotarse de una constitución liberal, algo que el Gobierno ruso no vio con buenos ojos. Un año más tarde,

26 de hecho, se le ordenó que volviera a Rusia, en castigo por aquel liberalismo que se consideraba inoportuno.

La infancia de Shura estuvo marcada por la política. Escuchaba con pasión los relatos de la guerra ruso-turca, compartía el entusiasmo proeslavo de la sociedad de su país y más adelante descubrió de primera mano una Bulgaria independiente, a la que viajó para reunirse con su padre. En el año que pasó en Sofía, Shura conoció a una persona que sería decisiva durante el resto de su vida. Se trataba de Zoia Shadurskaia, una niña de su edad, de espíritu particularmente independiente y vivo, que acabaría convirtiéndose en un modelo para ella. La amistad que nació en aquel año continuaría durante el resto de sus días. Más adelante, Alexandra Kolontái llegaría a decir que, aparte de su hijo, Zoia era la persona a la que se sentía más unida.

Shura se interesaba por todo lo que veía, por todo lo que oía, por los acontecimientos en los que participaba su padre. Cuando estaba a punto de cumplir diez años, el zar liberador fue asesinado. Aquel asesinato y sus consecuencias supusieron un enorme impacto para la niña. Sus padres, de ideología liberal, lamentaron profundamente la desaparición de un soberano que estaba preparando una reforma política radical. Sabían que aquello asestaba un golpe fatal a sus esperanzas de que Rusia entrara en un proceso constitucional. Pero el asesinato también provocó efectos directos en sus vidas. A Mravinski, el primer marido de Alexandra Alexándrovna, se lo acusó de complicidad con los autores del crimen. Ella presionó a Domontóvich para que intercediera por su antiguo esposo y consiguió así salvarlo de Siberia, pero fue imposible evitarle el exilio y la pérdida de todos sus derechos en Rusia.

Aquel acontecimiento marcó en buena medida a la niña. De entrada, la atmósfera familiar se vio afectada porque su madre, aunque llevase largo tiempo divorciada, no pudo por menos que ponerse a favor de su exmarido y tratar de ayudarlo por todos los medios. En aquella tentativa implicó a Domontóvich, así que durante un tiempo la relación de la pareja fue muy tensa. Pero es que además ellos mismos, por su relación con Mravinski, acabaron convirtiéndose en sos-

pechosos a ojos de la sociedad de San Petersburgo, que, por otra parte, no había olvidado su relación adúltera ni las actividades poco ortodoxas de Alexandra Alexándrovna, tan chocantes para su entorno. Inevitablemente, la hija percibió la atmósfera de desconfianza —cuando no incluso de hostilidad— que rodeó a los suyos.

Más tarde la vida retomó su curso. Shura se iba haciendo mayor. Era una buena alumna, sentía pasión, como su padre, por la historia y manejaba sin dificultad varias lenguas: el inglés, con su institutriz; el francés, idioma de la sociedad aristocrática, con su madre y sus hermanas; el alemán, que estudiaba por aquel entonces, y el finés, que hablaba en Kuusa durante los veranos que pasaba en la finca de su familia materna. Mantenía un vínculo especial con su hermanastra Evguenia («Jenia»), a la que su madre quería convencer para que se dedicara a la enseñanza, una salida perfecta para las mujeres de la Rusia de la época. Pero Jenia, muy obstinada, quería dedicarse al canto y acabó saliéndose con la suya. Inició a Shura en la música, lo que favoreció una enorme complicidad entre ambas hermanas, unidas por una misma voluntad de oponer resistencia a la autoridad materna. Cuando Shura anunció su intención de estudiar en la universidad, se topó con la negativa de su madre, que argumentaba —igual que lo había hecho antes con Jenia— que debía formarse para dar clases a niños pequeños y le repetía que el destino normal de una mujer pasaba por el matrimonio y la maternidad. ¡Cómo había cambiado aquella Alexandra inconformista de antaño! De hecho, incluso empujó a una de las hijas que había tenido con su primer marido a casarse con aquello que calificaríamos de «buen partido»: un primo de su esposo, rico y de buena cuna, pero mucho mayor que ella. Alexandra Alexándrovna confiaba en que aquel matrimonio serviría de modelo para su benjamina. Pero Shura pretendía elegir por sí misma el rumbo que daría a su existencia y quería tomar sus propias decisiones. Y muy pronto lo demostraría.

Cuando tenía quince años, se enamoró de Vania Dragomirov, hermano de una de sus amigas. Vania era hijo de un

28 amigo del general Domontóvich, también héroe de la guerra ruso-turca, así que cabe imaginar que la amistad con los hermanos Dragomirov se alentó desde la casa de la Alexandra. El romance fue muy breve y acabó realmente mal: después de una cita que, según el relato de Alexandra, se cerró con un fugaz beso, el joven Vania se quitó la vida. Le bastó un solo disparo. Se desconoce la razón de este suicidio, pero Shura quedó conmocionada. Sus padres, preocupados ante su dolor, le regalaron un caballo y la enviaron a galopar a Kuusa, con la esperanza de distraerla. Al comprobar que, a pesar de todo, su hija seguía sin encontrar consuelo, Alexandra se la llevó a Estocolmo a visitar a una amiga. Su aventura duró dos semanas. La idea fue buena: el viaje y las diversiones locales acabaron con la desesperación de Shura. Pero entonces la joven retomó su proyecto de estudiar y su madre ya no se atrevió a oponerse. Alexandra sentía especial curiosidad por la historia y la literatura y tuvo la suerte de contar con prestigiosos profesores en ambas materias gracias a los contactos y a la generosidad de su padre. Fue él quien la presentó al historiador Bestúzhev-Riumin, que mostró interés por la discípula. En cuanto a la literatura, Domontóvich le pidió a un distinguido profesor de la Universidad de San Petersburgo, Víctor Ostrogorski, que le diese clases particulares. Este último la guio en sus lecturas y le propuso estudiar a Tolstói y a Turguénev, porque Shura le confesó desde el primer momento su ambición: quería ser escritora. Desde entonces, se consagró a los estudios, aunque también sacaba tiempo para salir de cuando en cuando a divertirse: sesiones de patinaje, veladas de baile... Precisamente en una de esas veladas, Alexandra conquistó a un edecán del soberano, el general Tutlomín, veinticinco años mayor que ella. Inmediatamente, él pidió su mano, pero la interesada rechazó su propuesta sin ninguna consideración hacia el estatus y las virtudes del enamorado, al que en la capital se consideraba un partido excelente. La negativa de Shura, inapelable y sin florituras, descontentó a su madre y escandalizó a la sociedad de San Petersburgo. ¡Qué imprudencia! —se cuchicheaba en los salones— ¡Qué falta de educación! Shura hizo oídos

sordos a las críticas. No tardaría en encontrar a otra persona que la seduciría y que daría un giro radical a su vida.

Para distraer a su hija, el general Domontóvich, al que se envió entonces a una misión en Georgia, decidió llevársela con él. Fue allí donde ella conoció al hombre con el que decidiría casarse: Vladímir Kolontái. Aquel joven apuesto, tan solo un poco mayor que ella, era su primo segundo. Se trataba del hijo único de Praskovia Ilinichna Kolontái, prima del general Domontóvich y viuda de un polaco que había pagado con su vida su participación en el levantamiento de 1863. Como no podía ser de otra forma, aquel romántico destino atrajo a Shura, que hizo algunas excursiones alrededor de Tiflis en compañía de Vladímir, conoció a sus amigos y, en suma, vivió con él una etapa idílica. Cuando Alexandra regresó a la capital, estalló el conflicto con sus padres: la joven les anunció su intención de casarse con Kolontái. Su padre era contrario a aquella decisión porque le parecía que el novio no estaba a la altura de las ambiciones intelectuales de su hija. Su madre, por su parte, se oponía al matrimonio por la pobreza del chico, que condenaría a Shura a vivir en la precariedad, y no cejó en su rechazo, que incluso acompañó de gestos vejatorios hacia Vladímir. Para espantar a aquel inoportuno pretendiente, los Domontóvich recurrieron a un método de lo más tradicional: mandar a la joven al extranjero. Así, escoltada por Adèle, una de sus hermanastras, Alexandra pasó varias semanas en Alemania y en Francia, pero ni París ni Berlín, a pesar de ser ciudades animadas, prestigiosas y capaces de satisfacer su curiosidad intelectual y su amor por la vida, consiguieron hacerle olvidar su proyecto de matrimonio. Quien pensara que bastaría con enviarla al extranjero para distraerla ignoraba cómo era su personalidad, olvidaba la tenacidad de su carácter. En realidad, la oposición de sus padres no hizo más que avivar su determinación. Alexandra quería demostrar su independencia —tal vez más que su amor— y acabó imponiendo su voluntad. En 1893, con veintidós años de edad, se casó con Vladímir y se convirtió así para siempre en Alexandra Kolontái, apellido que mantuvo pese a que aquel matrimonio no duró mucho tiempo

y a que más adelante habría otros hombres en su vida. Apenas un año después de la boda, dio a luz a un niño, Mijaíl, o «Misha», como todos le llamaban. Al principio, Alexandra lo quiso con locura, se preocupó por él, le prodigó los cuidados más amorosos. En los primeros tiempos, fue una esposa y una madre ejemplar, conforme a los deseos y las ideas de Vladímir, que estaba convencido de que su mujer debía dedicarle a él todo su tiempo, como hacía ya con su bebé, y de que aquella convivencia la haría sentirse plenamente satisfecha. Pero Alexandra necesitó poco tiempo para descubrir que una existencia centrada únicamente en la familia se le hacía insoportable y que no conseguía aceptar haber entregado de aquella manera su libertad. Muy pronto se lo reconocería a Zoia, su confidente: «Odio el matrimonio», «quiero escribir, en lugar de llevar esta estúpida vida». Zoia alertó a Vladímir, que, profundamente enamorado y sintiendo un enorme respeto hacia los sentimientos de su mujer, trató de demostrarle que la entendía. Así, contrató a una criada más para liberarla de las tareas domésticas y le permitió que se dedicase a sus actividades intelectuales todo lo que quisiera. Sin embargo, aquella concesión no solucionaba, ni mucho menos, el creciente problema de su relación, un problema que el general Domontóvich había augurado ya antes de la boda: para Vladímir, las ambiciones y las inquietudes políticas de Alexandra —que por aquel entonces ya sentía pasión por el socialismo y leía todo lo que encontraba acerca de este tema— no eran más que encantadores caprichos carentes del menor interés. Este ingeniero serio y competente se mostraba siempre tolerante ante lo que él consideraba meras fantasías de niña mimada, pero era incapaz de prestarles la más mínima atención. E ignoró la amenaza que suponía para su vida como pareja aquella actitud suya, amable, generosa, pero muy alejada de lo que esperaba Alexandra. Por si fuera poco, en su círculo íntimo había aparecido otro hombre, un posible rival. Se trataba de Alexandr Satkévich, un amigo de Vladímir, también ingeniero, que, a diferencia de él, era sensible a las cualidades intelectuales de Alexandra. Consciente de sus expectativas, la alentaba a escribir y dialogaba con ella acer-

ca de sus textos. Shura, animada por este apoyo, se dedicó a preparar un relato que después le presentó al gran escritor Korolenko, editor de la revista literaria *Russkoe Bogatstvo* («El patrimonio ruso»), para que le diese su opinión. Aquel fue un paso audaz: Alexandra no era más que una principiante, una joven desconocida. Y no tuvo éxito. Korolenko se mostró poco motivador, pero en aquel momento ella dio pruebas de su carácter obstinado. Las reticencias del autor, a pesar de su autoridad y su prestigio, apenas hicieron mella en la joven. Él dictaminó que tenía poco talento para los relatos y las novelas. ¿Pero qué importaba? Alexandra, sencillamente, decidió cambiar momentáneamente de camino, abandonar el terreno de la literatura y empezar a reflexionar sobre la educación, que se convertiría en el tema de sus siguientes textos.

¡Cuántas novedades llegaron entonces a su vida! Se abrió aún más a las inquietudes políticas, a los debates de ideas y a las nuevas influencias. En 1896, un acontecimiento aceleró su concienciación política. Vladímir Kolontái tuvo que desplazarse a Narva para instalar el sistema de ventilación de una gran fábrica textil en la que trabajaban doce mil obreros, tanto hombres como mujeres. Alexandra decidió acompañarlo e invitó a su amiga, su inseparable Zoia, a aquella expedición. Al principio, ambas pensaron que aquel sería un viaje de placer: pasarían el tiempo esquiendo, patinando y bailando mientras los ingenieros presentaban sus proyectos. Sin embargo, dos días después de su llegada Alexandra cambió de opinión y quiso visitar la fábrica y los lugares en los que se alojaba a los obreros. Quedó aterrorizada al descubrir aquellos barracones primitivos, aquel universo de pobreza que, aunque a veces se había encontrado en sus lecturas, jamás había creído que existiese de verdad. Más adelante confesaría lo mucho que aquella imagen de miseria pesó en su evolución. Inmediatamente supo que su deber era ponerse al servicio de aquel proletariado tan precario para tratar de mejorar su suerte.

De regreso a la capital, se dedicó con más empeño aún a las cuestiones sociales. Acudía frecuentemente a los círculos

32 de debate, asistía a conferencias y colaboraba con el Museo Itinerante, una organización que ayudaba a impartir clases nocturnas a los obreros y les proporcionaba material pedagógico. Alexandra realizaba aquellas actividades junto con sus fieles amigos, principalmente su inseparable Zoia y Satkévich, el compañero de Kolontái. Su relación con aquellas dos personas tan cercanas tomaría entonces un rumbo que ninguno de ellos había podido imaginarse. Tras su boda, los Kolontái se instalaron en el piso de la familia Domontóvich. Como era inmenso, Alexandra tuvo la idea de ofrecer una habitación a Satkévich, que residía en una vivienda mucho más pequeña. Después invitó a Zoia —durante un tiempo Alexandra pensó que sería buena idea casarla con Satkévich— a alojarse con ellos en aquella amplia residencia. De ese modo, en el domicilio de los Kolontái nació una pequeña «comuna» en consonancia con las fantasías de los intelectuales de la época. Allí se daban cita numerosos amigos y se mantenían apasionados debates —que se prolongaban a menudo hasta el amanecer y se nutrían de las ideas de Marx, de Chernishevski o de Bakunin—, se reflexionaba sobre el futuro de Rusia y se soñaba con la revolución. La idea del matrimonio entre Zoia y Satkévich nunca se materializó porque, en realidad, él se había enamorado de Alexandra y ella, decepcionada por su marido, no pudo resistirse. «¿Es posible querer a dos hombres a la vez?», le preguntó en cierta ocasión a una amiga. Sin embargo, no tardó en enfadarse consigo misma por haber razonado así, en términos de pertenencia a otros, precisamente ella, que quería ser dueña de su libertad. Satkévich, al que Alexandra aludía en su correspondencia empleando las iniciales «A. A.» y al que Zoia se refería como «el hombre llegado del planeta Marte» o «el Buen Hombre», ocuparía un lugar cada vez más importante en su vida. Durante mucho tiempo, Vladímir Kolontái no se dio cuenta de que aquella relación le estaba arrebatando a su mujer. Pero una situación tan equívoca no podía durar demasiado. Tampoco la vida en comunidad, que apenas servía para disimularla. Zoia acabó marchándose en 1898 y Alexandra decidió dejar a su marido, su familia y la capital

para recorrer su propio camino, para asumir el destino que se había marcado. Así lo explicó en su autobiografía: «Aún amaba a mi marido pero la vida feliz de ama de casa y esposa se convirtió para mí en una “jaula”».★ Y, más adelante, añadió: «Debía irme, debía romper con el hombre elegido, pues de lo contrario (este era un sentimiento subconsciente) me habría expuesto al peligro de perder mi existencia independiente. También ha de decirse que ninguno de los hombres que estuvo [sic] cerca de mí ejerció jamás una influencia determinante en mis inclinaciones, mis esfuerzos o mi visión del mundo. Por el contrario, la mayor parte del tiempo fui yo el espíritu guiador. Alcancé mi visión de la vida, mi línea política a partir de la misma vida y de un estudio ininterrumpido de los libros».★★

Pero antes de acompañar a Alexandra en esta ruptura, tenemos que detenernos ahora en otras amistades que también contribuyeron a su evolución. Una de ellas se remontaba a su infancia: se trata de su institutriz María Ivanovna Strahova, una persona extraordinaria, procedente de una célebre familia de intelectuales. Desde muy pronto, Strahova le hizo ver que era necesario cambiar radicalmente a la sociedad rusa y liberar a las mujeres del estatus inferior al que aquella sociedad las había condenado. María Strahova llevaba mucho tiempo trabajando a favor de la educación de los obreros. De hecho, fue ella quien introdujo a Alexandra en el Museo Itinerante. En aquella organización, Kolontái conoció a una alumna de la institutriz, Elena Stasova, hija de un alto funcionario y prestigioso crítico de arte. Los Stasov pertenecían a un entorno intelectual sumamente sofisticado y Alexandra apreció la amistad que le demostraba Elena, aunque jamás llegaron a ser íntimas. Elena Stasova le recomendaba libros y le hablaba de socialismo. Era de naturaleza prudente y evitaba mencionar sus actividades políticas, pero

★ Fragmento extraído de la edición al cuidado de Ana de Miguel, *Autobiografía de una mujer emancipada y otros textos sobre el amor*, Horas y Horas, Madrid, 2014, p. 42. (N. de la t.)

★★ *Ibid.*, pp. 43-44. (N. de la t.)

34 invitó a Alexandra a asistir a algunas reuniones clandestinas. A veces le pedía que guardase en su casa los panfletos subversivos, los llamamientos a participar en el «día de los obreros» o en una huelga, que después repartiría en las inmediaciones de las fábricas. Por aquel entonces, de hecho, las huelgas eran frecuentes en la industria textil, que daba trabajo a multitud de mujeres. Precisamente la suerte de esas mujeres fue lo que cautivó a Alexandra, que decidió dedicarse por entero a ellas. Cuando se enteró de que, en el Congreso Internacional Socialista de Trabajadores de Londres, Clara Zetkin había abordado esta cuestión y había aprovechado la ocasión para dar a conocer *La mujer y el socialismo*, obra de Bebel, Alexandra decidió leer este libro y utilizarlo para alimentar su propia reflexión.

Lo que le interesó de entrada fue la educación, las herramientas para inculcar a los niños el sentido de la libertad y de la independencia y conseguir que se convirtiesen en ciudadanos útiles para la sociedad. A partir de ahí, su pensamiento se abrió a lo social y lo político. Consideraba que si los padres y los maestros se esforzaban por forjar personalidades autónomas darían lugar a adultos conscientes de la urgencia de reformar por completo la sociedad para que toda la humanidad avanzase. Así, en el pensamiento de Alexandra la importancia del desarrollo de la personalidad quedó unida a la cuestión marxista del camino hacia el progreso. En este tema general subyace el intento de Kolontái por definir su propio lugar en la sociedad y los medios de los que disponía para contribuir al desarrollo de sus semejantes. Propuso entonces a *Obrazovanie* («Educación») un artículo sobre este asunto, que la revista aceptó de inmediato. Aquel primer éxito le confirmó que hacía bien en escribir, porque a través de la escritura podría ser útil a los demás. Sin embargo, aun cuando su vocación de escritora se consolidara, Alexandra comprobó —y todos los debates en los que había participado en los dos últimos años la habían puesto ya sobre aviso— que le faltaban conocimientos al respecto y que, si no se preparaba en serio, le sería imposible comprometerse a fondo con un proyecto de escritura.

La constatación de sus carencias educativas reavivó en Alexandra una antigua obsesión: tenía que estudiar. Aquella voluntad de aprender la impulsó a romper por completo con la vida que llevaba. Estaba convencida de que la independencia personal era el primer requisito que debía cumplir si quería entrar en el mundo del conocimiento, y sabía lo que tenía que hacer para alcanzarla. Anunció a sus padres que se separaría de su marido y que se marcharía a Zúrich para estudiar en profundidad el pensamiento de Marx. Les dejó al cuidado de Misha, acompañado de su institutriz, y les pidió que se encargasen de educarlo.

¿Por qué eligió Zúrich? Ante todo, porque había descubierto —y debatido apasionadamente con sus amigos— una obra sobre la «cuestión obrera» cuyo autor era Heinrich Herkner, un economista marxista que trabajaba como profesor en la universidad de aquella ciudad suiza. Esta institución, además, tenía fama de liberal, ya que admitía a alumnos a los que las universidades de sus propios países les habían vetado la entrada. Para las estudiantes rusas, Zúrich era un polo de atracción inigualable y por eso muchas de ellas acudían a esta ciudad. Alexandra tenía veintiséis años cuando llegó. No conocía a nadie en Zúrich ni en Suiza ni en la universidad, pero disponía de unos recursos materiales que le auguraban una vida fácil. De hecho, contaba con la garantía de que su padre la ayudaría económicamente, lo que la liberaba de cualquier tipo de preocupación en cuanto a su vida cotidiana. Sabía también que Misha se encontraba en un entorno seguro, acompañado de unos abuelos que lo querían. A estas certezas reconfortantes se sumaba el apoyo moral de sus amigos más queridos: Zoia, que le prometió estar presente en la vida de su hijo, y Satkévich, «el Buen Hombre», que había estado —¿y tal vez estaba aún?— muy cerca de ella y que la alentó a seguir la voz de su instinto. Por último, tenía el consentimiento implícito de Vladímir Kolontái, que, aunque no se sentía especialmente feliz tras su abandono, le ahorró reproches y chantajes y evitó dar a su separación un cariz dramático. Para Alexandra y para Misha —cuyo bienestar era necesario para la paz mental de su madre—, aquella

36 ruptura suave fue un inestimable regalo. Ella pudo marcharse a Zúrich con la conciencia tranquila.

Además, tuvo la suerte de encontrarse con un cálido recibimiento por parte de Herkner, que la admitió en su seminario. El profesor dedicó tiempo a su nueva discípula, recomendándole lecturas y orientándola en la elección del tema de sus estudios. Su amabilidad confirmó a Alexandra que había hecho bien en iniciar esta nueva existencia. Aparentemente, todo le sonreía, todo era fácil... Pero ella no estaba hecha para una vida fácil.

Separarse de Misha le resultó más doloroso de lo que imaginó en el momento en que tomó su decisión. De hecho, se dio cuenta de su sufrimiento en cuanto salió de la capital, hasta el punto de que en varios momentos del viaje sintió la tentación de bajarse del tren que la llevaba a Zúrich para volver al encuentro de su hijo en Kuusa. Sin embargo, cuando llegó a la ciudad suiza se repuso. Siguiendo diligentemente los consejos de su profesor, optó por centrarse en la problemática de un país que conocía bien, Finlandia, y comenzó a trabajar sobre este tema. Pero aquella tregua fue breve: de repente, tal vez por la añoranza de su tierra y de los suyos, sufrió una serie de crisis nerviosas. ¿Se trataba quizá de una depresión incipiente? En la facultad le aconsejaron que partiese a un lugar soleado para recuperarse. Alexandra obedeció y se concedió una breve estancia en Italia. A continuación, viajó hasta Berlín para consultar a unos prestigiosos especialistas, que diagnosticaron, sencillamente —¿acaso no era previsible?—, que lo suyo era nostalgia de Rusia y de su familia. Siguiendo sus recomendaciones, Alexandra volvió a casa de sus padres un año después de haberse marchado. Para ellos, para Misha, su regreso supuso una alegría inmensa y la bienvenida que le brindaron estuvo a la altura de aquel sentimiento. El Buen Hombre, fiel, también estaba allí, dispuesto a cumplir todos sus deseos e incluso a anticiparse a ellos. En cuanto a Vladímir, el marido abandonado, Alexandra le informó de que no tenía la más mínima intención de volver al domicilio conyugal: la ruptura entre ambos era definitiva.

Después de pasar unos meses con los suyos —varios de ellos en la finca de Kuusa, que le proporcionó tanto sosiego en medio de su desazón—, Alexandra, reconfortada, volvió a poner rumbo a Zúrich y a sus estudios. Una vez más, su carácter inflexible complicó la situación. Su profesor era un sabio prestigioso y ella lo respetaba, sin duda alguna, pero, cuando regresó a su seminario, Kolontái comprobó que el pensamiento del maestro que había elegido no se correspondía con sus expectativas.

En aquella época, el socialismo se encontraba muy dividido. Reformistas y marxistas radicales se peleaban constantemente. Y, para su enorme decepción, Alexandra descubrió que el profesor Herkner había evolucionado en su posición ante el gran conflicto socialista y había optado por seguir el camino opuesto al que había tomado ella. No había posibilidad de reconciliación entre los socialistas. El alemán Bernstein criticaba sin tapujos lo que se consideraba la esencia de la teoría marxista ortodoxa: el programa de Erfurt, de Marx y Kautsky. Si bien estos estaban convencidos de que el empobrecimiento del proletariado conduciría necesariamente a una transformación revolucionaria, Bernstein, en cambio, argumentaba que la situación obrera evolucionaba, que los salarios y las condiciones de vida iban mejorando poco a poco y que aquello permitiría plantear una transición pacífica hacia el socialismo. En realidad, el razonamiento de Bernstein se basaba principalmente en la observación de la situación de los obreros en Alemania, que era el país de Europa más avanzado en este sentido. Sin embargo, su discurso se escuchó en todos los partidos o movimientos socialistas y dio lugar a ásperos debates. Así ocurrió también en Rusia, donde este asunto apasionó y dividió a los socialistas. Plejánov, Axelrod, Vera Zasúlich y Lenin, jefes de fila del POSDR (el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia), se oponían con virulencia a la idea de que una evolución pacífica permitiría evitar la violencia revolucionaria. Plejánov, de hecho, acusaba a Bernstein de inspirarse en las tesis populistas, que, recordaba, ya habían arrastrado al socialismo a no pocos fracasos. La mayoría de los marxistas rusos se oponían al reformismo

38 de Bernstein. Pero Alexandra Kolontái comprobó, con gran decepción, que su maestro se inclinaba precisamente del lado de Bernstein, mientras que ella misma, que contemplaba Finlandia (el tema de sus estudios) desde la perspectiva radical de Marx, estaba tratando de demostrar que en aquel país el campesinado constituía una clase revolucionaria, pese a que el propio Marx había negado que tuviese capacidad para iniciar la revolución porque lo consideraba demasiado apegado a la propiedad. Consciente de las dudas que estaban alejando de él a aquella discípula rebelde, Herkner le sugirió que se interesase por los socialistas británicos, especialmente por Beatrice y Sidney Webb, e incluso se encargó de organizarle una entrevista con ellos. Más adelante Alexandra confesaría a sus amigos que, aunque los interlocutores que le había recomendado su profesor la habían recibido con amabilidad, se había llevado una impresión lamentable de ellos. Todo la hacía decantarse por la intransigencia de los socialistas que combatían el reformismo. Rosa Luxemburg, a la que conoció en aquella misma época, la fascinó con la fuerza de sus convicciones, con su personalidad tan poderosa, y ejerció en ella una influencia duradera. Hay que decir que ambas mujeres se parecían en muchos aspectos. Al igual que Rosa Luxemburg, Alexandra se mostraba implacable en los debates marxistas y atacaba con violencia a personajes respetados, como ocurrió en cierta ocasión con Piotr Struve, teórico del marxismo, al que conoció en una velada que había organizado en la capital el padre de Elena Stasova para recaudar fondos con los que ayudar a los obreros. Allí Struve ensalzó a Bernstein. Ella le refutó sin ningún miramiento hacia la autoridad moral de la que gozaba en Rusia y en todo el mundo socialista. La violencia de su respuesta sorprendió a todos los asistentes e indignó a la mayoría de ellos.

En cualquier caso, la estancia de Kolontái en Zúrich estaba a punto de terminar: sus padres murieron uno tras otro. Aquellos fallecimientos —especialmente el de su padre, al que había estado tan apegada y que siempre la había apoyado, moral y materialmente— la sumieron en la desesperación. Además, Misha, tan acompañado y mimado por sus

abuelos, se sentía huérfano. Ahora le tocaba a ella cuidarlo y decidir sobre su suerte, responsabilidades que hasta entonces habían asumido los Domontóvich. A esta tristeza de Alexandra se añadió un problema que jamás había imaginado: su relación con Vladímir Kolontái adoptaba un cariz nuevo. Hasta ese momento, él se había limitado a tomar nota de su separación y no había tratado de aprovecharse de las consecuencias prácticas de aquel estado. Sin embargo, justo cuando Alexandra tenía que empezar a organizar ella sola la existencia de su hijo, su marido le anunció su intención de divorciarse. En Rusia, el divorcio no era un trámite sencillo y, una vez que Vladímir había salido de su vida, Alexandra jamás había pensado que pasar por él pudiese tener alguna utilidad. Pero su marido había conocido a una joven que se había encariñado con Misha —y Misha con ella, todo hay que decirlo— y quería volver a casarse. Para ello, necesitaba que el Santo Sínodo le concediese el divorcio, lo que implicaba realizar unas gestiones desagradables y lentas. Aquello no le venía demasiado bien a Alexandra, pero no tuvo más remedio que dar su brazo a torcer. Cabe imaginar que la fidelidad y las atenciones de Satkévich la ayudaron a sobrellevar esta difícil época, aunque casi toda la correspondencia que intercambiaron se destruyó en su momento y, por tanto, es imposible conocer con precisión la relación que mantenían por aquel entonces.

Tras la muerte de su madre, Alexandra descubrió algo que la conmocionó: la difunta había decidido dejar Kuusa a los hijos de su primer matrimonio, con lo que Alexandra se vio expulsada de aquella finca que tanto amaba. Nunca entendió el motivo de aquella exclusión, por lo demás difícil de explicar. Su padre, en cambio, le dejó otra hermosa hacienda situada en la región de Chernígov, que le aportaría importantes recursos, aunque también le impondría un enorme trabajo de gestión.

Alexandra era ya libre para organizar su vida y la de su hijo según su propio criterio. Gracias a su padre, no le faltarían medios materiales. Muy pronto dejó el piso de su familia para mudarse con Zoia Shadurskaia a otro más modesto,

40 en el que Misha viviría rodeado del cariño de esta amiga y de su institutriz. Y también, al menos al principio, del afecto del Buen Hombre, que aportaba de cuando en cuando una presencia masculina.

La muerte de sus padres, la pérdida de Kuusa, la nueva planificación para Misha... todo indicaba a Alexandra que había terminado un capítulo de su existencia, el de su primera juventud, tan dichosa y despreocupada.